

LOS COMBATIENTES

HOJA DE LOS FRENTE DE GUADALAJARA Y LA SIERRA

Segundo Año Triunfal

Núm. 2

11 de Julio de 1938

Gratuito para el combatiente

No pasaremos la factura

El Estado se compromete a incorporar la juventud combatiente a los puestos de trabajo, de honor o de mando, a los que tienen derecho como españoles y que han conquistado como héroes.

(Fuero del Trabajo)

Nos alegra mucho a quienes cumpliendo un deber de patriotismo, combatimos en los frentes de guerra, saber que no se interpreta torcidamente nuestras intenciones rectas. Por eso, cuando alguna vez vamos a nuestro pueblo con permiso y hemos escuchado las palabras elogiosas que allí se prodigan al Fuero del Trabajo, no podemos contener la alegría comprendiendo cómo la retaguardia sabe estimar las esperanzas que todos tenemos puestas en la España que hemos de construir y transformar.

Pero no conviene hacerse demasiadas ilusiones, porque no todo el monte es de orégano, como suele decirse. Al lado de las personas conscientes, comprensivas y confiadas en una Patria nueva, hay otras que quieren conservar a toda costa, cosas de las que mejor sería no acordarse. Y no es esto todo lo peor, sino que, revistiéndose de una capa de sensatos, pretenden aprovecharse—con falsa protección—de quienes en las trincheras esperamos el destino de una manera impasible. Me refiero, como es consiguiente, a aquellos que halagan nuestros oídos diciéndonos que si los combatientes tenemos éstos o los otros derechos. Que si los que luchamos hemos de ocupar estos puestos. Que a la vuelta de la guerra nosotros somos los únicos que tenemos derecho a pedir el oro y el moro. Y no, señores; ¡a esto no hay derecho! Nosotros no necesitamos esa clase de protectores, que no son otra cosa que vampiros chupadores de sangre española.

¿No saben, quiénes no nos dejan en paz a los combatientes, que ese interés suyo hacia nosotros, es el mayor insulto que pueden dirigirnos?

¿No saben que estamos aquí, venciendo un día y otro—a costa de cuantos sacrificios sean precisos—no para que después se nos dé un cargo o destino?

¿No comprenden, que si después pasamos la factura, no tendríamos mérito alguno ante los ojos de España los servicios que nosotros tenemos obligación de prestarla, por el mero hecho de tener la suerte de poseer la mejor Patria del mundo?

¿Creen acaso que se nos engaña fácilmente y que por esos halagos, vamos a renunciar cuando llegue la paz, a cuanto soñábamos, cuando un buen día tuvimos que empuñar un viejo mosquetón?

De ninguna forma.

Fíjense si no, cómo el Estado nacionalsindicalista sabe comprender perfectamente nues-

tra manera de pensar. Que lean el Fuero del Trabajo quienes creen que por esa actividad vamos a tolerarles cuanto les venga en ganas. Verán allí cómo efectivamente el Estado se compromete a incorporar a la juventud combatiente a los puestos de trabajo, honor y mando. Pero que no olviden que no se hace esto porque seamos combatientes—que es un deber elemental de patriotas—, sino porque al serlo damos pruebas de haber adquirido en las trincheras un espíritu de sacrificio y renuncia. Que se fijen bien, que a esos puestos no tenemos derecho como combatientes, sino como españoles que haciendo honor a nuestra historia, hemos sabido conquistar como héroes una victoria, que no podrán mermar ni los duchos en marrullerías, ni quienes ingenuamente creen que por los aplausos o halagos que se prodigan a los combatientes, vamos a dejar de hacer en España esa revolución que todos esperamos y que Franco—primer combatiente de España—desea.

Oigase bien: NO PASAREMOS LA FACTURA, PERO TAMPOCO TOLERAREMOS QUE OTROS LA COBREN A NUESTRA COSTA.

UN FALANGISTA DE SOMOSIERRA

SEGUIREMOS LUCHANDO Y TRABAJANDO, PUES NO QUEREMOS EL DESCANSO, QUEREMOS EL PARAÍSO, PUES DESPUES DE LA VICTORIA TENEMOS QUE CONSTRUIR, QUE EDIFICAR LA NUEVA ESPAÑA.

(Ruiz de Alda)

Nuestra vuelta

Son muchas las personas que se preguntan cuál será la actitud de los combatientes, cuando la guerra termine.

Por unos, se opina, que volveremos completamente salvajes, desligados de nuestras anteriores relaciones de sociedad, inadaptados e inadaptables. Otros, por el contrario, nos suponen, masa borreguil, moldeable a su antojo y aprovechable para sus ambiciones particulares.

Aquéllos, temen nuestra vuelta, la ven erizada de peligros. Nos creen capaces de emplear en calles y plazas la bomba de mano como medio para persuadir a una chica de que nos debe amar y al alcalde del pueblo de que nos pertenece ser alguacil del Municipio.

Los otros, esperan y confían en nuestra candidez y tienen la seguridad de poder calmar nuestro ímpetu, con un homenaje, dos o tres banquetes, un discurso del señor Tal y unos aplausos acompañados de vivas y tamborileo.

Todos se equivocan. Nosotros volveremos, en actitud digna, cual corresponde al puesto que hoy tenemos. Ni nos entregaremos al desorden y al abuso, ni tampoco venderemos nuestras almas por un puñado de lentejas. Homenajes... desfiles... halagos... Bien. ¿Por qué no, si lo merecemos? Pero ante todo y sobre todo, respeto es lo que pedimos. Y en este respecto está comprendida nuestra decisión firme e inquebrantable de que en España se han acabado las sendas torcidas. Se han extirpado y desinfectado las partes putrefactas.

Estamos ganando la guerra y haciendo posible una Revolución sana, no en beneficio de unos cuantos, ni de una parte, si no por una totalidad: la España Una, Grande y Libre.

Para alcanzar esa Libertad, Grandeza y Unidad, a la vuelta, estaremos más unidos que nunca en la disciplina de la Revolución y de Franco.

Un comunista en Falange

Cuando le pregunté a un señor en los días de permiso cómo es que no ingresaba en las filas de la Falange, me contestó: «Ustedes, los de la Falange, son buenos chicos; pero un hombre como yo, toda la vida de derechas, persona de orden, amante de las sagradas instituciones Familia, Patria, Tradición..., jamás podrá pertenecer a una organización donde están encuadrados algunos de mis irreconciliables enemigos. Porque no me negará usted, añadió, que hay en la Falange un buen número de individuos que votaron al Frente Popular».

Este «buen señor», de la raza de los «mamelucos», va a recibir en estas líneas contestación.

Una conversación en la sombra calurosa de una chavola. Varios falangistas menudean y rivalizan en adorar a la bota de vino con azúcar. Las confidencias llegan y uno mordisquea:

—Yo, decían que era comunista.

¿Creeis, «buenos señores», que los que le oyeron prepararon las bombas de mano y se arrojaron sobre él? ¿Pensáis que interrumpió su trago aquel otro a quien el turno había llegado? Ni un gesto, ni una exclamación. Hasta el chorro de la botella siguió su uniforme y calculada velocidad.

—Al año encontraba como máximum cien jornales de cuatro pesetas. Casado y con hijos, suponéis los milagros que había de hacer para vivir. Voté a la República y después siempre a las izquierdas. No sabía lo que eran; sin embargo, conocía a los que, vecinos míos, se llamaban de derechas. Tenía

hambre y familia. Mi actuación se redujo a votar a aquel que, desconocido para mí, me pintaba un porvenir de mejor color. El último año no voté; había aprendido que la «pintura» no alimenta.

Sólo entonces un camarada interrumpió el monólogo para decirle:

—¡Pero hombre, ten en cuenta que ibas en contra de la Patria, de la Historia...!

—Es posible, contesto que fuera como dices. No pensé en ello. Pero, escucha: Si alguna vez tienes hambre... y nadie te hace caso...

—¿Como ingresaste en Falange?

—Con la verdad. Vieron mi edad y situación y dijeron: En el frente se purifica todo. Aquí estoy... Quiero serte franco. Oí hablar de Patria, Pan y Justicia, y como tenía necesidad de las últimas y sentía por instinto la primera... aquí me tienes con catorce meses de frente. Sé que me vigilaron durante algún tiempo. No hacía falta, te lo juro—dijo con lágrimas en los ojos—. Mi mujer recibía un subsidio suficiente, mis hijos comían atendidos por Auxilio Social. Franco lo había dicho: «Ni un español sin pan...»; además que unas consignas que se defienden como defendían los falangistas las suyas—a tiros—no podían quedar reducidas a palabras.

No se habló más. Ya es bastante contestación al «buen señor de orden» que oponía el reparo de que entre nosotros había comunistas.

Y ahora, hombre amante de las instituciones, Familia, Patria... ¿Has estado catorce meses en el frente? ¿No votaste a la República aunque fuera, la del idiota, «mal menor»? ¿Cumpliste tus deberes con el prójimo, como cristiano que te llamabas? ¿Has dado la mitad de tu hacienda para la guerra? ¿No? Pues a callar. Y sabe de una vez para siempre que no te deseamos con nosotros, que estamos encantados con los que llamas comunistas, si son como el referido.

Y una advertencia leal. No pienses que la guerra la hacemos para ti, por defender tus intereses y los de tu calaña. Escucha:

La guerra que nos hace ganar Franco tiene un fin: Hacer una REVOLUCION—¡no te asustes!—que convierta a España en un Estado donde no haya ocasión para que un «comunista» como esos que hay en la Falange, se vea impulsado a votar a las izquierdas. En esa España, excusado es decirlo, no caben los «altruistas» como tú y la manada que te rodea.

Arriba España.

Frases célebres

En la guerra surge un lenguaje conciso que revela la situación y el sentir de una colectividad. Las palabras adquieren un significado propio y exclusivamente temporal.

FRASES DE VANGUARDIA:

Fulano es un «piernas».
Mengano es un tío que «pita».
Zutano es un «elemento».

FRASES DE RETAGUARDIA:

«Hemos» tomado tal capital...
«Han» perdido tal posición.
Haber si «dais» un empujón y «llegamos» a Madrid.

¡Formalidad, señores! ¡Formalidad!

Copiamos de un periódico:
«Bandas victoriosas. A todos los precios, de todos los tamaños. Los que más barato venden son los almacenes...»

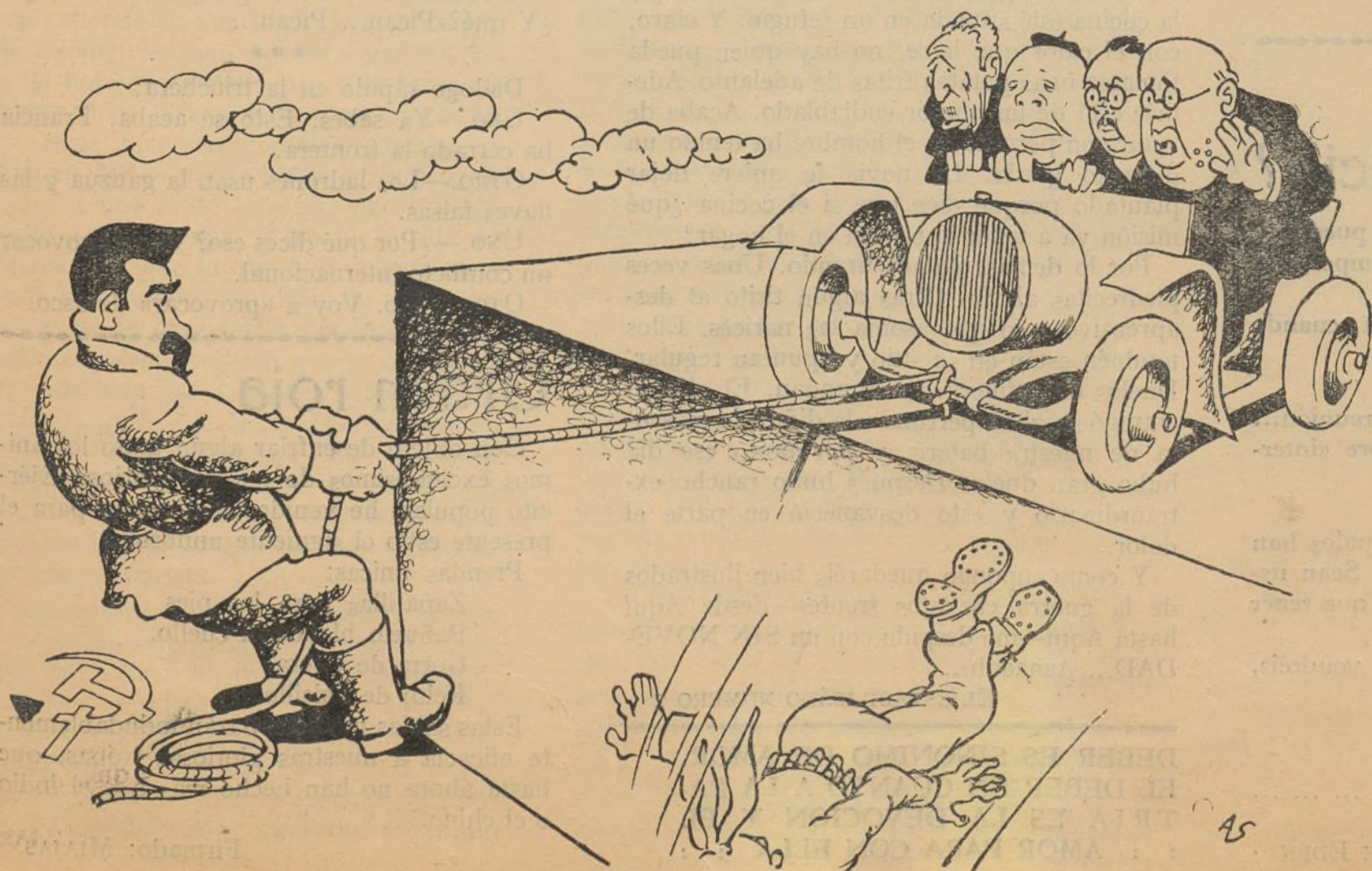
Oímos en una radio:

«Laureadas, medallas militares. Toda clase de condecoraciones, en la casa... Precios de competencia...»

¡¡Formalidad, señores, formalidad!! Y un poco más de respeto. ¡¡Acordaos del «Sepu» y del «Pueblo Judío».

Estas dos muestras son de «Heraldo de Aragón—diario independiente—y de Radio Zaragoza.

¡¡Formalidad, arpagones, formalidad!!



EL CARRO DE LA VICTORIA

A LAS ORDENES DE MOSCÚ

—¡Suelta la cuerda! ¡No arrastres más!

—Adelante que el triunfo es vuestro.

TOROS Y BAILES

Verdades y Camelos

Entre bromas y tiros surgen ideas y se labora por la España nueva, aquí en las trincheras, donde de vez en cuando—¡¡muy humano!!—se critica acervamente a la retaguardia.

Hoy, porque alguno vino con permiso y vió allí escenas más o menos salpicadas de indiferencia. Mañana, por otro motivo ¡¡también muy natural!! originado por la constante tensión de la estancia en el lugar de peligro, y es lógico recordar la confortable y bien organizada España liberada alejada de los frentes.

Mas no se crea en la censura sistemática de una labor a todas luces provechosa, realizada por los que se encuentran en las ciudades. Si alguna vez con nuestros actos o nuestras palabras damos pie para que se crea en una incompreensión, son hijas—palabras y actos—del cambio tan enorme que supone el salto desde una avanzada a una mesa de café.

Hemos leído con gran satisfacción la nota del ministro del Interior, suprimiendo comilonas y banquetes absurdos, donde no se buscaba otro objeto que el adular a un personaje o personajillo y, agarrado de su levita, encumbrarse y encontrarse una canonjía.

Fiestas, espectáculos, té y bailes y otras zarandajas, aunque encubiertas con la música alegre de ser en beneficio de una institución, velaban las intenciones más o menos ciertas de algunos organizadores que encontraban un medio de exhibición, cuando no una forma discontinua de vivir y figurar.

Aquí también y como comentario de la disposición del Ministerio, se ha tratado de apoyarla y, entre bromas y entre veras, brindamos nuestro parecer.

No pensamos en que la retaguardia sea triste y fúnebre, por la razón sencilla de que a nosotros también nos gustan los toros, bailes, teatros...; pero sólo eso: baile, teatro, toros... sin remoquete de «a beneficio de tal o cual...»

¿Que hace falta dinero? Se pide. ¿Que no lo dan? Se exige.

Todo antes que mezclar sagradas instituciones con festivales que llevan consigo, naturalmente, la alegría, el alborozo y algún que otro «bulliciano desorden».

¿Hay nada más antagónico que un té-baile a «beneficio de Auxilio Social»? ¿Puede darse mayor contraste que una corrida de toros recaudando fondos para los huérfanos de la guerra? ¿Y si se muere el torero? ¿Otra corrida para sus huérfanos?

Al pan, pan, y al vino, vino. Que haya toros para que se divierta el aficionado. Bailes donde se expansionen los novios. Teatros que hagan derramar lágrimas a las histéricas. Que, en una palabra, se haga agradable la vida; mas no consentir trucos y no tomar en serio a los concurrentes de esos espectáculos que os digan que van por sacrificarse y para contribuir a un fin benéfico; eso es un camello, si no fuera una ofensa para los verdaderos sacrificados.

EL PLATON DEL FRENTE

UN IMPERIO NO PUEDE CONSERVARSE SI NO ES POR LOS MISMOS MEDIOS QUE SE EMPLEAN PARA ADQUIRIRLOS: ENERGIA, : : ATENCION, TRABAJO : :

Imprenta de «El Adelantado»

¡¡DIPLOMATICOS!!

¿Podremos tomar Valencia?

No reirse, que la cosa está seria. Los rojos, bien es verdad que aguantan lo que pueden y que no lo hacen tan mal. El camino no está precisamente sembrado de rosas. El empeño es grande. Aún queda el rabo por deshollar, que decimos los del cuerpo consular.

Pero eso no le hace. Los nuestros, ante esos obstáculos, entrarían en Valencia cuando quisieran y como quisieran.

Y entonces, ¿A qué esa pregunta?

¡¡Ah!! ¡¡Ah!! ¡¡Ah!! Vosotros, no os habéis enterado de que existe una Sociedad, reunión... o lo que sea, que se llama Comité de no intervención, que para escarnio de su nombre «interviene» todo lo que puede.—¡¡Oh, ah!!—en la guerra española.

Pues, ahí le duele. Ahí está el quid. Ahí... Ahí... Ahí...

Y si esos señores se les ocurre reunirse y decir: Esto se ha terminado. Bastantes palos han dado ustedes a los rojos. Hay que ser imparciales en la distribución de las tortas. Sean ustedes buenecitos, pues de lo contrario, iremos de vacaciones a España y nos tendrán que tener por huéspedes.

Y ese es mi «miedo». Suponeos que se les ocurra venir. Pero, ¿verdad, que no vendréis, señores del Comité? ¿A que no?

¿Y a que sí que tomamos Valencia?

¿Dan ustedes su permiso?

Ellos: Hombre, ¡tienes unas maneras de señalar!

MISTER EX EDEN

A mi madrina

Mi buena madrina: Muchas gracias por haberme aceptado como ahijado. Hoy quiero contarte quién soy y por qué estoy en la guerra; así me irás conociendo poco a poco.

Alférez de Infantería al estallar el Movimiento, mandé primero un escuadrón de falangistas, después una sección de boinas rojas, y ahora, capitán, una compañía de soldados. En todos he visto valor, cariño y sacrificio.

El voluntario—falangista o requeté—lleno de un ideal. El movilizado, pleno de disciplina que le hace llegar a la adquisición rápida del ideal.

Yo, entre todos, me considero el menos merecedor de esas elogios que hacías en tu carta. Militar de profesión y vocación, juré dar mi vida a la Patria y no hago más que cumplir un juramento que me obliga, bajo pena de deshonor, a luchar cuando la integridad y la gloria de España lo requieran. ELLOS... Te voy a contar el caso de un soldado mío. ¡Tú no sabes con qué calor escribo lo de «mío»!!

Es de Castilla... de Aragón... de Galicia... de ESPAÑA.

Voluntario primero. Pasa al Ejército a la llamada de su quinta. Tiene su carrera casi terminada y cuando esperaba saborear el triunfo en su profesión, vino la guerra. Abandona todo y es un soldado más.

¿Comprendes, madrina, lo que supone esto?

Olvida sus estudios. Pasan dos años, los mejores en su preparación cultural. Acaba la guerra... ¿Y entonces?

La vuelta a empezar. Nuevos estudios. ¡¡Dos años más!!

Y a pesar de esto, ¿sabes lo que dice cuando le recuerdo estas cosas? «Que antes que nada se debe a su Patria: España. Y que él se conforma en su sacrificio si de algo sirve a la grandeza y la gloria de Ella».

¿Entiendes, ahora, por qué soy el último en merecer las alabanzas?

Por esta vez nada más, madrina. Quiere mucho a mis soldados, admirarlos, reza por ellos y reza también por mí.

TU AHIJADO

Aquellos hombres caducos que no sepan retirarse a tiempo, serán obligados violentamente a dejar paso a los jóvenes combatientes.

TENEMOS QUE HACER QUE ESTA GUERRA, EL HONDO SIGNIFICADO DE ESTA GUERRA, NO SEA SOBRE TODO EL TRIUNFO DE LOS PRIVILEGIADOS SOBRE LOS OPRIMIDOS, QUE NO VUELVA A SER EL PRETEXTO PARA QUE UNA MAS HONDA DIVISION DE CLASES VENGA A HACER—YA ENTONCES IRREMEDIABLE—LA RUINA DE ESTA PATRIA QUE NO PUEDE MORIR.

¡¡Soldado!!

¡¡Soldado!! Cuenta en este periódico, que es tuyo porque tú le haces, todos tus pensamientos. Háblanos de tu novia, de tus padres, de lo que te aburren en las trincheras. Del miedo que pasas. De cómo te sabes sobreponer a ese miedo. De lo que inventan los que cuentan la guerra.

Escribe a tus amigos que en otros frentes luchan. Dinos lo que piensas hacer cuando la guerra acabe.

Y, sobre todo, cuando «algo» de la retaguardia te moleste, dílo, porque ellos, los de atrás—tus padres y los padres de los demás que combaten—, sabrán llenar fielmente tus deseos.

Envía todos los trabajos que quieras se publiquen a esta dirección: PARA LA HOJA «LOS COMBATIENTES» SEGOVIA

Camarada

Yo tenía un camarada, entre todos, el mejor. Siempre junto caminábamos, siempre juntos avanzábamos, al redoble de tambor, al redoble de tambor,

Gloria, gloria, gloria, victoria, con el cuerpo y el alma, con la novia de la mano, por la Patria.

Nuestros cantos que vuelan el viento los lleva por ahí.

A España, a España, ¡qué hermoso amanecer, amanecer! A España, a España, ¡qué hermoso amanecer!

Cerca suena una descarga, va por tí o va por mí. A mis pies cayó herido el amigo más querido, y en la faz la muerte vi, y en la faz la muerte vi.

Gloria, gloria, gloria, victoria, con el cuerpo y el alma, con la novia de la mano, por la Patria.

Nuestros cantos que vuelan el viento los lleva por ahí.

A España, a España, ¡qué hermoso amanecer, amanecer! A España, a España, ¡qué hermoso amanecer!

El me quiso dar la mano mientras el fusil cargué. Yo le quise dar la mía, mientras tanto, me decía: Por España moriré, por España moriré.

Gloria, gloria, gloria, victoria, con el cuerpo y el alma, con la novia de la mano, por la Patria.

Nuestros cantos que vuelan el viento los lleva por ahí. A España, a España, ¡qué hermoso amanecer, amanecer! A España, a España, ¡qué hermoso amanecer!

Partes no oficiales de guerra

Desde Aquí hasta Aquí, SIN NOVEDAD. Esta manera de indicar que tenemos quiere decir que en estos frentes seguimos como estábamos. Nada. ¡¡Qué dulce es la vida cuando el cielo nos sonrío!! ¡Y qué cursi me estoy poniendo!!

Bueno, al asunto. Pues, como digo, gozamos de una tranquilidad verdaderamente paradisiaca. Claro que tranquilidad, dijo el gran Unamuno, viene de tranca, y son tanto lo que le están atizando a los rojos por el frente de Levante, que están los pobres arrugados.

Un incidente desagradable ha venido a enturbiar nuestro veraneo. El cocinero se ha empeñado en que es muy conveniente en estas latitudes, ¡¡por si los morterazos!! el que la cocina esté situada en un refugio. Y claro, con el calor que hace, no hay quien pueda tomarse unas patatas fritas de adelanto. Además está de un humor endiablado. Acaba de venir con permiso, y el hombre ha tenido un disgusto gordo. La novia le quiere dejar plantado porque dice que si él cocina ¿qué misión va a tener la esposa en el hogar?

Por lo demás, vamos tirando. Unas veces piedrecitas al río. Otras algún tiritito al desaprensivo rojo que asoma las narices. Ellos también están en su sitio y apuntan regular. Duelos de artillería no abundan. El sábado entregó su alma perruna—la diñó—la mascota de nuestra batería y por tanto ese día hubo gran duelo. Después hubo rancho extraordinario y esto desvaneció en parte el dolor.

Y como supongo quedaréis bien ilustrados de la guerra en estos frentes—desde Aquí hasta Aquí—me despido con un SIN NOVEDAD... Aaaaah...

EL ESTABILIZADO NÚMERO 2

DEBER ES SINONIMO DE AMOR. EL DEBER EN CUANTO A LA PATRIA ES LA DEVOCION Y EL : : AMOR PARA CON ELLA : :

Yo también soy combatiente

Hay algo en esta guerra que nos hace ser optimista respecto al porvenir. Ese deseo de todas las gentes de figurar con el título de combatientes, dice mucho en favor de ellas, siempre que no vaya encubierto con la ambición de que el día de mañana, puedan alegar méritos y exigir prebendas derivadas de esa cualidad.

Hay un tipo de combatientes que jamás ha empuñado un fusil. Los que habitan en esos pueblos de vanguardia no separados a veces de la línea más de quinientos metros.

Realizan sus trabajos, lavan la ropa del soldado, le ceden sus utensilios de cocina, duermen en el suelo dejando el único colchón para descanso del que baja de las posiciones y, en caso de ataque, es uno más. Sus mulos están siempre dispuestos para el suministro, rollos de alambradas, municiones; en más de una ocasión, algunos de estos sufridos campesinos ha rendido su tributo de sangre.

Por eso no me extrañó nada, cuando hace unos días, mientras la señora Rosario nos freía unas doradas patatas, y estando nosotros enzarzados en delimitar la condición de combatiente, oí exclamar a ésta: «Yo, también soy».

No pudimos contener la risa. Ella, la buena viejecita, con sus faldas encintadas a la altura del pecho—que la dividen en dos—como a las muñequitas de trapo que fabrican las niñas—manifestaba su deseo de poseer el título de honor.

Celebramos consejo. Estudiamos el caso y he aquí convertida a la señá Rosario en un miembro más de esta cofradía innumerable que forman hoy los combatientes.

¿Méritos? Los tiene y de positivo valor.

En la misma línea de fuego. Ochenta años.

Alojados en su rústica casa—hoy moros, mañana cristianos—dos o tres continuamente. Aunque nuestros conocimientos culinarios serían bastantes para vivir con holgura, ella no ha dejado «jamás» que un «hombre» fría un par de huevos. Son sus nietos los que hacen la guerra. Y cuando cayó herido aquel teniente tan joven y tan guapo, ella le cuidó y supo suplir a la madre. Ya verás—le decía—cómo curarás pronto, y si mueres, no sufras. Has de resucitar, y con tu uniforme nuevecito y esas estrellas no te será difícil conseguir el cielo.

Y así un día y otro, la señá Rosario, con sus ochenta años y sus nietos en la guerra, alienta al soldado, le hace la vida fácil, y, sobre todo, le da la tranquilidad de espíritu, que sus arrugas y la barriguita redonda que muestra su alborozo a saltitos cuando la viejecita ríe, inspiran al que está lejos de su hogar.

Admitida, señora Rosario; y contigo todas aquellas buenas mujercitas que habéis sido madres de vuestros hijos y de vuestros nietos, y que ahora, cuando éstos hacen la guerra, cuidáis con filial afecto a otros que también tienen madres y que en el sacrificio la gloria y el dolor son, como tú, COMBATIENTES.

UN HIJO

Tontadas

¿Y qué?... Pican... Pican...

Digo esto porque he visto una foto—estos periódicos independientes son la Oca—de un místico, monsieur, o como sea, con el siguiente pie:

«El señor... descansa en su deporte favorito los rudos trabajos del Comité de no intervención.»

Y claro... como está pescando... le digo: ¿Y qué? Pican... Pican...

Diálogo rápido en la trinchera:

UNO.—Ya sabes. Esto se acaba. Francia ha cerrado la frontera.

OTRO.—Los ladrones usan la ganzúa y las llaves falsas.

UNO.—¿Por qué dices eso? Vas a provocar un conflicto internacional.

OTRO.—No. Voy a «provocar» de asco.

Orden roja

Con objeto de enfriar algún tanto los ánimos excitadísimos de nuestro glorioso Ejército popular, he venido en disponer para el presente estío el siguiente uniforme:

Prendas únicas:

Zapatillas para los pies

Pañuelo blanco al cuello.

Gorra de visera.

Reloj de bolsillo.

Estas sabias medidas darán indudablemente eficacia a nuestras gloriosas tropas, que hasta ahora no han hecho más que el indio o el chino.

Firmado: MIAJAS